

que había sido traída á Sotuta. Don Alberto Morales no creyó necesario responder á estas proposiciones, porque los indios continuaron hostilizando la plaza, sin darle el tiempo preciso para meditar su contestación.

Á pesar de algunas ventajas que la guarnición obtuvo sobre los sitiadores durante los cuatro días de que hemos hablado, era en realidad muy corta para luchar contra las masas de indios que la asediaban. No teniendo, además, esperanzas de recibir auxilios de Mérida ni de ninguna otra parte, y habiendo consumido casi del todo sus provisiones de guerra, D. Alberto Morales determinó salvarla, evacuando la plaza con el mejor orden posible. Verificó la desocupación en la madrugada del viernes 3, poniéndose en movimiento el grueso de la fuerza y las familias, luego que el oficial Domínguez hubo explorado con una guerrilla el camino de Mérida, del cual había sido desalojado el día anterior el enemigo. Los indios ocuparon inmediatamente el pueblo y se limitaron á tirotear por el espacio de una legua á los soldados, mujeres y niños que se retiraban, y que llegaron el mismo día á Hocabá (5).

Dirijamos ahora nuestras miradas hacia el oriente de la Península, donde los bárbaros habían concentrado la mayor parte de sus elementos, con el deseo de apoderarse de la rica y populosa ciudad de Valladolid.

---

(5) Carta citada. —BAQUEIRO, *Ensayo histórico*.

## CAPÍTULO VI

1847 - 1848

Operaciones militares en el oriente de la Península.—Ataque, defensa y abandono de Chemax.—Comienzan los indios á destruir los alrededores de Valladolid.—Acciones de guerra en Tikuch y Kuichechén.—Ocupación de Pixoy, de Uayma y de Ebtún.—Los indios embisten por primera vez á Valladolid el 18 de enero de 1848.—Sitian en seguida la ciudad.—Encuentros entre sitiados y sitiadores.—Hacen los últimos proposiciones de paz.—Durante el armisticio atacan y destruyen á Chancenote.—Notable acción de Chichimilá.—Desgraciadas expediciones á Oitnup, en que son derrotados los blancos.—Lazo que tienden los indios á varios jefes y oficiales, y que les cuesta la vida.—Se resuelve la desocupación de Valladolid.—Los bárbaros impiden que se verifique con orden.—Horrible matanza.—Son desocupadas las demás poblaciones del Oriente, y una gran parte de sus habitantes emigra á la capital.

Recordarán nuestros lectores que por la necesidad en que se vió el gobierno de combatir el pronunciamiento de Cetina, quedó en gran parte desguarnecido el partido de Valladolid, y que los indios, aprovechándose de esta circunstancia, habían acometido al pueblo de Tixcacalcupul y asesinado á casi todos sus habitantes. En peor situación quedó todavía aquella región importante de la Península, cuando D. Eulogio Rosado se desprendió de allí con ochocientos hombres para bajar á Mérida, y los sublevados se aumentaron desde entonces tan considerablemente, que pronto se hallaron en aptitud de emprender operaciones de cierta importancia.

El 4 de diciembre de 1847 acometieron al pueblo de Che-

max, que se hallaba guarnecido por una compañía de Seguridad pública, puesta á las órdenes del capitán D. Francisco Domínguez; pero esta fuerza se defendió con valor y decisión por el término de algunas horas, y los invasores se vieron al fin en la necesidad de huir, refugiándose en los bosques vecinos (1). Poco tiempo después lograron, sin embargo, rehacerse, y volvieron á atacar el mismo pueblo con la seria intención de reducirle por medio de un sitio formal, porque levantaron sus parapetos á corta distancia de la plaza. El capitán Domínguez pudo comunicar á Valladolid el aprieto en que se hallaba, y entonces el coronel D. Agustín León, que había sucedido á D. Eulogio Rosado en la comandancia principal del Oriente, sacó de aquella ciudad unos ciento cincuenta hombres, que puso á las órdenes del primer ayudante D. Fermín Irabién. Esta fuerza tuvo necesidad de empeñar un rudo combate para entrar en Chemax, y no consiguió su objeto sin haber experimentado pérdidas considerables. El auxilio no pudo llegar á un tiempo más oportuno, porque el capitán Domínguez estaba ya reducido á la azotea de la iglesia, y tenía algunos soldados apostados en la embocadura del caracol que, con el fusil inclinado, se ocupaban en cazar á los indios que osaban trepar por aquella subida peligrosa. Pronto cesaron, sin embargo, sus angustias, porque el socorro que recibió la plaza obligó al fin á los sitiadores á emprender su retirada.

Á pesar de estos dos fracasos, los indios no desistieron de su intento de aislar á Valladolid, destruyendo las haciendas y pequeñas poblaciones del partido. Los pueblos de Xcán y Nabalám fueron incendiados, y en el rancho Cehac asesinaron al propietario y se llevaron á las mujeres jóvenes (2). También fué ocupada la hacienda Chulután,

(1) *La Unión*, periódico oficial, número 3.

(2) Periódico citado, número 5.

situada á corta distancia de Valladolid, y queriendo recobrarla D. Agustín León, hizo salir de aquella ciudad una fuerza á las órdenes del teniente coronel D. José D. Baledón, y otra de Chemax, que fué puesta al mando del ayudante Irabién. La primera fué completamente derrotada al llegar á su destino, y la segunda sólo encontró en Chulután y sus alrededores los cadáveres que habían quedado insepultos en el campo de batalla.

No fué ésta la única desgracia que experimentaron por aquella época las tropas del gobierno, porque pronto se hizo necesario desocupar á Chemax, replegándose su guarnición á Valladolid. Esta medida, dictada acaso por la necesidad de conservar reunidas las tropas que defendían la causa de la civilización, alentó grandemente á los indios, y el 29 de diciembre se apoderaron del pueblo de Tikuch, distante solamente dos leguas de aquella ciudad. Don Agustín León hizo salir inmediatamente una sección de 300 hombres, que puso á las órdenes del teniente coronel don Vito Pacheco, y ante cuya vista emprendieron la fuga los sublevados.

Pero al rayar la aurora del día siguiente, unos gritos y vocería espantosa, mezclados con el tañido de los mitotes y otros instrumentos salvajes que se dejaban oír en todas direcciones, hicieron comprender á Pacheco que los indios volvían á la carga con intención de sitiarse en Tikuch. Los agresores no tardaron en dejarse sentir, apareciendo por los diversos caminos que conducen al pueblo, y en los cuales comenzaron desde luego á levantar trincheras. Pacheco organizó inmediatamente tres secciones, que puso á las órdenes de los capitanes Molas, Troncoso y Arjona, y con ellas intentó desalojar á los indios de las posesiones que habían ocupado. Vano fué, sin embargo, el empeño, porque éstos resistieron con tenacidad el ataque, á pesar de las pérdidas que les ocasionaba el nutrido fuego de las secciones. A las doce del día, Pacheco se vió en la necesi-

dad de tomar una resolución extrema, porque su fuerza estaba ya agobiada de hambre y de fatiga, y porque sólo le quedaba el parque necesario para abrirse paso entre los sitiadores. Dió orden de retirarse hacia Valladolid por el camino principal, cuyo movimiento comenzó á practicarse desde aquella hora, aunque con grandes dificultades, porque los indios habían obstruído la vía con troncos de árboles, ramas y espinas, y siguieron hostilizando á la fuerza por todas direcciones, aprovechándose de la espesura del bosque para tirar á mansalva.

Don Agustín León, sospechando lo que pasaba por el fuego que se dejaba oír hasta Valladolid, hizo salir de aquella plaza, á las siete de la mañana, una sección de 100 hombres con dos piezas de montaña, que puso á las órdenes del primer ayudante D. Tomás Fajardo. Esta fuerza se detuvo á una legua de distancia, frente á la hacienda Kuichechén, porque los indios que se hallaban posesionados de ella, y los que estaban esparcidos en las emboscadas, la obligaron á empeñar un rudo combate, en el cual quedaron inutilizadas las dos piezas de montaña. Fajardo las hizo regresar inmediatamente á Valladolid, de cuya ciudad salieron inmediatamente otros 100 hombres con una nueva pieza de artillería, con dirección á Kuichechén. Con este refuerzo se logró al fin desalojar á los indios de la hacienda, aunque, en vez de dispersarse como en una derrota, se retiraron á un punto que estaba fuera del alcance de los tiros enemigos. Acababa de obtenerse esta victoria, cuando se presentó el mismo D. Agustín León, quien había salido de Valladolid con el deseo de ponerse al frente de sus tropas y dar una fuerte carga á los indios. Hacia las tres de la tarde se presentó también la fuerza que había desocupado á Tikuch, conduciendo á sus muertos y heridos, y como con ésta se completaron á unos quinientos los hombres reunidos en Kuichechén, el coronel León dió las órdenes necesarias para atacar á los indios que

permanecían á las inmediaciones; pero hubo de desistir de este pensamiento, porque hasta aquella hora la fuerza no había tomado su primer rancho, y se retiró entonces á Valladolid, sin que los bárbaros osaran molestarle en su tránsito (3).

Seis días después de estos sucesos, es decir, el 5 de enero de 1848, los indios atacaron de improviso el pueblo de Pixoy, situado á una legua de Valladolid, en el camino que conduce á Mérida. El destacamento de 80 hombres que lo guarnecía se defendió por dos ó tres horas; pero no pudiendo sobreponerse á la turba de sus agresores, se replegó á Valladolid hacia las diez de la mañana. Don Agustín León se puso inmediatamente á la cabeza de una sección de 200 hombres y se dirigió al pueblo abandonado, cuya recuperación le era muy necesaria para mantener sus relaciones con la capital. Encontró á Pixoy desamparado y destruído en parte, y después de dejar allí la mitad de su fuerza al mando del primer ayudante D. José M. Vergara, dió la vuelta á Valladolid.

El pueblo de Uayma, situado una legua más adelante en el mismo camino de Mérida, también fué amagado por los indios; pero se retiraron á la presencia de una corta fuerza que salió á batirlos.

Firmes los bárbaros en su propósito de aislar á Valladolid, no tardaron en ocupar el pueblo de Ebtún, adonde fué á batirlos en la mañana del 7 el coronel D. Victoriano Rivero, con una fuerza de 200 hombres. Empeñóse el combate á las once del día, y fué tal la resistencia que opusieron los bárbaros, que nuestras tropas habrían sido derrotadas, si un piquete puesto á las órdenes de D. Liborio Cervantes no hubiese logrado introducirse en la plaza por el costado derecho. El enemigo se dispersó entonces, y la fuerza

(3) Nota oficial de D. Agustín León, publicada en el número 12 del periódico oficial.

expedicionaria volvió al campamento principal cargada de botín (4).

A la ocupación de Ebtún se siguieron bien pronto las del rancho San Lorenzo y el pueblo de Uayma. De uno y otro fueron también arrojados los indios; pero después de haber conseguido su objeto principal, que consistía en el robo, el asesinato y el incendio. La fuerza que recobró á Uayma avanzó hasta Tinum, con el objeto de proteger la entrada de un convoy de víveres que venía de Mérida, custodiado por doscientos hombres.

Bien necesitaba la ciudad de Valladolid de este socorro; porque destruídos ya todos sus alrededores, los indios la embistieron por primera vez en la mañana del 18 de enero, presentándose en grandes chusmas por el camino de Chichimilá. Mientras las mujeres y los niños corrían llenos de pavor á los templos, y mientras los tambores de guerra y las campanas tocaban á rebato, el coronel León organizó una columna de 200 hombres, que puesta bajo las órdenes de D. Victoriano Rivero y D. Angel Rosado, salió á contener á los agresores. Este movimiento se practicó con tanto arrojo, que los indios perdieron sucesivamente once trincheras que habían levantado en el camino y retrocedieron en desorden hasta Chichimilá. Los vencedores trataron entonces de volver á Valladolid; pero habiendo advertido que se les había cortado la retirada, se vieron obligados á empeñar un nuevo combate, que hubo de terminar en las calles mismas de la ciudad.

Al día siguiente volvieron á presentarse los indios, atacando la población por siete puntos diferentes, la cual impidió que se les rechazara. Entonces comenzaron á levantar trincheras en donde lo creyeron más conveniente, y acabaron por sitiar la ciudad, dejando libres solamente los

(4) Notas de D. Agustín León, publicadas en el número 13 del periódico ya citado.

caminos de Calotmul, Espita y Pixoy, como si hubiesen querido invitar á los blancos á emprender su retirada hacia la costa ó la capital del Estado. Pero en vez de aceptar esta invitación, el jefe de la plaza se propuso defenderla á todo trance, haciendo un vivo fuego de fusilería y artillería sobre los sitiadores. Estos, en vez de cejar en su empeño, llegaron á adelantar sus atrincheramientos hasta á una cuadra de la línea de defensa, introduciéndose por los solares y casas abandonadas por sus moradores. Pero en la mañana del 22 las fuerzas de la plaza salieron súbitamente de sus fortificaciones y atacaron con tan buen éxito á los bárbaros, que en menos de tres horas los desalojaron de todas sus posiciones y los arrojaron á las afueras de la ciudad (5).

Esta victoria no trajo, sin embargo, ventaja ninguna para la plaza; porque persuadidos los indios de que no podían ocuparla por la fuerza, se propusieron cercarla de manera que quedase incomunicada con el resto del Estado. Con este objeto se posesionaron sucesivamente de varias haciendas y de los pueblos de Pixoy y Popolá, asesinando en este último al cacique, que era indio, por algunos servicios que había prestado á los blancos. Este sitio pudo ser forzado, sin embargo, dos veces: una para introducir un convoy de víveres que remitía el jefe político de Izamal, y otra para dar entrada á una fuerza de ciento quince hombres que había salido de Mérida á las órdenes de D. Miguel Bolio, y que tuvo necesidad de sostener un fuerte combate desde Pixoy hasta el punto de su destino.

Desde este momento, los indios entraron en cierta calma, y se limitaron á defenderse en sus lejanas posiciones cuando salía á batirlos alguna fuerza de la plaza. Atribuyóse esta inacción al nuevo sesgo que Jacinto Pat intentó dar en aquella época á la insurrección indígena, en virtud

(5) Números 16 y 17 del periódico oficial.

de las relaciones que había entablado con los partidarios de Barbachano. No era inverosímil esta suposición, porque á fines de enero convocó aquel caudillo á los principales jefes de su raza, para una conferencia que debía tener lugar en su cuartel general de Tihosuco. Un suceso que acaeció el 13 de febrero en la ciudad sitiada, vino á dar mayor consistencia á este rumor.

Varios indios desarmados se presentaron frente á una trinchera, y habiendo hecho señal de parlamento, salieron á conferenciar con ellos D. Miguel Bolio y el vicario Sierra. Entonces manifestaron que depondrían las armas si, entre otras concesiones de interés secundario, se les otorgaban las siguientes: 1.<sup>a</sup>, reducción de la contribución personal á doce reales anuales; 2.<sup>a</sup>, devolución de las armas que se les habían quitado; 3.<sup>a</sup>, reducción de los derechos de estola á diez reales el casamiento y tres el bautismo, y 4.<sup>a</sup>, que don Miguel Barbachano se presentase en persona á oír sus quejas y garantizarles las gracias que les concedieran. Habiéndoseles exigido que presentasen sus proposiciones por escrito, manifestaron que lo harían así dos días después, y entretanto se convino en suspender por entonces las hostilidades (6).

Pero llegó el día 15, y los indios, no solamente faltaron á su promesa de hacer por escrito sus proposiciones, sino que el 14 atacaron y destruyeron el pueblo de Chancenote, á pesar de que fué defendido heroicamente por sus moradores (7). Presentáronse, no obstante, al coronel León, pro-

(6) Número 23 de *La Unión*.

(7) Chancenote había llegado á excitar el furor de los indios, porque el carácter indomable de sus habitantes les había hecho experimentar no pocas pérdidas en varios encuentros y expediciones. Sedientos de venganza, se reunieron en número de mil ó de mil quinientos, y en la mañana del 12 de febrero se descolgaron súbitamente sobre aquel pueblo, que sólo se hallaba guarnecido por sesenta de sus hijos. Estos se defendieron con heroicidad hasta las doce del día siguiente, en que la pérdida de dieciocho hombres que habían experimentado les obligó á tomar una resolución extrema. Una gran parte de las familias

metiéndole que el 16 vendrían á hablar con él Bonifacio Novelo y Bernardino Chan. Tampoco cumplieron esta nueva promesa, bajo el pretexto de que aquellos caudillos habían sido llamados á Tihosuco por Jacinto Pat. Todavía pretendieron adormecer con otras conferencias á la plaza; pero como entretanto habían levantado una trinchera en el barrio de San Juan, sobre una colina que hay en el camino de Chichimilá, el Sr. León dispuso que fuese á destruirla el coronel Rivero, á cuyas órdenes puso una columna de ciento cincuenta hombres y una pieza de montaña. Trabóse inmediatamente un rudo combate, que duró media hora, al cabo de la cual huyeron los indios de las posiciones que habían tomado durante el armisticio, y se refugiaron á la hacienda Yaxché, distante una milla de Valladolid. Una parte de la fuerza regresó entonces á Valladolid; pero la otra, entusiasmada por el teniente D. Joaquín Mézquita y otros oficiales, concibió el proyecto de llevar más adelante su victoria. Con este objeto emprendió el camino de Chichimilá, y auxiliada por otra fuerza que salió de la ciudad, ambas tomaron sucesivamente á los indios treinta y seis trincheras, hasta que llegaron al indicado pueblo, donde quemaron las pocas casas que había respetado el enemigo. En la tarde del mismo día volvieron á su campamento principal, conduciendo un rico botín (8).

El coronel Rivero, que había sido uno de los héroes de

---

fué confiada á una sección de veinticinco hombres, que las sacaron de la plaza abriéndose paso entre los sitiadores á punta de bayoneta. Entonces éstos se arrojaron sobre los diecisiete restantes y lograron penetrar hasta el interior de la iglesia, en donde, después de haber asesinado á varias mujeres y niños, prendieron fuego á las imágenes, á los altares y á cuanto encontraron allí. Los soldados, que se habían refugiado en la azotea, se resolvieron en este momento á bajar para no ser presa de las llamas, y no solamente lo consiguieron, trabando un combate desigual con los agresores, sino que también lograron salir de la población, sacando con ellos á sus heridos y al resto de las familias.

(8) Nota oficial del coronel León, publicada en el número 25 del periódico tantas veces citado.